

LA PERVIVENCIA DE LOS ITALIANISMOS EN EL ESPAÑOL RIOPLATENSE

Oscar Conde*

Damos ya por sabido que el español rioplatense es una variedad dialectal del español, y que el lunfardo forma parte del primero, por tratarse de un argot, esto es, un vocabulario popular que comenzó a formarse a mediados del siglo XIX, desde la llegada al Río de la Plata de una masiva inmigración europea, que en su gran mayoría fue de origen italiano. Es justicia decir, pues, que la presencia de lo italiano en el tango es hartamente evidente, sobre todo a partir de la cuna de muchos de sus más grandes creadores. En un listado de memoria y nada exhaustivo, nacieron en Italia Luis César Amadori, Mario Batistella, Julián Centeya (cuyo nombre real era Amleto Vergiati), José Libertella, Alberto Marino, Alberto Morán, Modesto Papavero y Antonio Scatasso, entre muchos otros tangueros. Descienden de italianos, a su vez, Alfredo Bevilacqua, Arturo De Bassi, Ernesto Ponzio, Francisco Canaro, Julio De Caro, Juan de Dios Filiberto, Enrique Santos Discépolo, Homero Manzi y hasta el genial Astor Piazzolla.

Asimismo, existen también varias letras de tango en las que aparecen personajes italianos, como en *Aquella cantina de la ribera* (1926), en uno de cuyos versos se menciona «la alegre figura de una ragazzina», o *Tinta roja* (1941), donde Cátulo Castillo recuerda «aquel fondín / donde lloraba el tano / su rubio amor lejano / que mojaba con bon vin». Hay también tangos con su título en italiano —en los que a veces se irrespeta la ortografía original, claro—, como *Yira... yira...* (1930), *Acquaforte* (1931), *Farfala volatrice* (1942, C. de la Púa), *Racconto* (1963, Margarita Durán-Carlos García) y *Canzoneta* (1951, Enrique Lary), en el que se canta:

Cuando escucho “¡Oh sole mío!
senza mamma e senza amore”,
siento un frío acá en el cuore
que me llena de ansiedad.

* Doctor en Letras por la Universidad del Salvador. Profesor titular regular del Departamento de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Lanús, profesor asociado regular del Departamento de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes de la Universidad Pedagógica y miembro titular de la Academia Nacional del Tango y de la Academia Porteña del Lunfardo. Correos electrónicos: oconde@unla.edu.ar y oscar.conde@unipe.edu.ar

Gramma, XXVII, 57(2016), pp. 83-89.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

Desde los versos de *Mi noche triste*, el lunfardo tuvo dentro del tango canción un uso extraordinario. Más de la mitad de las letras producidas en las décadas del 20 y el 30 contienen al menos tres o cuatro lunfardismos y en muchísimos casos, varios más. De este modo, el lunfardo ha sido uno de los vehículos más poderosos para caracterizar la poética tanguera y uno de los modos en que la letra de tango tomó posición frente a la poesía canónica. Negando el lenguaje culto y dándole curso y legitimidad al lunfardo, el tango se definió y se afirmó a sí mismo.

Palabras de origen itálico pueblan las letras de tango, al haber sido incorporadas al lunfardo. Así, por ejemplo, Pascual Contursi comienza *Flor de Fango* (1917): «Mina que te manyo de hace rato, / perdoname si te bato / de que yo te vi nacer» y Celedonio Flores principia *Margot* (1919) diciendo «se te embroca desde lejos, pelandruna abacanada». Por su parte, Enrique Santos Discépolo inicia *Qué vachaché* (1926) con el verso «piantá de aquí, no vuelvas en tu vida», *Copen la banca* (1926) de Enrique Dizeo empieza con «cadenero de buen porte, garabito a la piú bela», Cadícamo arranca *Muñeca brava* (1928) con «che, madam, que parlás en francés» y José Rial da comienzo a *Preparate pa'l domingo* con el verso «preparate pa'l domingo si querés cortar tu yeta». *Mina, manyar, batir, embrocar, pelandruna, abacanada, a la piú bela, hablar, yeta* son todos vocablos o locuciones de origen itálico.

De la infinidad de préstamos lingüísticos de los que se nutrió el lunfardo en sus primeros treinta o cuarenta años, no cabe duda de que el aporte más definitorio procedió de Italia. Ángela Di Tullio, en su libro *Políticas lingüísticas e inmigración* (2003), señala que la influencia de las lenguas itálicas en el habla del Río de la Plata va más allá de los «italianismos», ya que su incidencia en la entonación y en la semántica resultaron decisivas. Pero además resume en un par de párrafos la insoslayable presencia de estas lenguas en el vocabulario de todos los días. Dice Di Tullio:

Incluso desde el léxico, hay que evaluar la importancia de los préstamos. Los términos culinarios son inseparables de la realidad que designan; no había palabras españolas para esos referentes. En cambio, en otros sectores de la lengua, los italianismos se sobrepusieron al español, sobre todo en palabras vinculadas a la pragmática, a las relaciones interpersonales o a la expresión de los afectos: saludos como *chau*, interjecciones como *guarda, atenti, andiamo, ma 'sí, avanti*; negaciones como *minga*; fórmulas ponderativas como *de la madona* o *che te la voglio dire*.

Del campo del trabajo han quedado *laburo, laburante, laburador*, pero también su antónimo: *fiaca*. Las partes del cuerpo humano no designan neutralmente sino que connotan positivamente —*facha, gamba*— o negativamente —*naso*—. También hay elementos morfológicos: los sufijos diminutivos o despectivos de *crudelli, curdelli, fallutelli, jovatelli* son formas atenuativas de defectos en sentido irónico; por el contrario, son aumentativos los de *gilún* —o *gilastrún*—, *fiacún*,

tacañún. Son frecuentes los cambios semánticos producidos por metáforas: el verbo *manyar* no significa “comer” sino “comprender”, como en la frase *no manya nada del asunto*. *Dar a alguien un ñoqui* significa “darle un golpe”, significado similar al de *dar un pesto*. La gente que *tiene polenta* es vivaz y enérgica pero puede *quedarse muzzarella*, es decir, “sin hacer nada” (pp. 225-226).

Esta omnipresencia de voces italianas fue posible gracias a la extraordinaria y creciente cantidad de inmigrantes de esta nacionalidad llegados al país y afincados en Buenos Aires en unos cuantos decenios, en los que la población de la capital argentina creció en verdadera progresión geométrica. En 1887, el 52,8 % de la población de Buenos Aires había nacido en el extranjero y la de nacionalidad italiana sobrepasaba en la ciudad el 32 % del total de sus habitantes. Un dato concluyente lo aporta también Di Tullio: a comienzos del siglo XX en la capital argentina la mitad de los varones de entre 15 y 50 años había nacido en Italia.

El contacto lingüístico entre los criollos y los inmigrantes que provenían de la península produjo dos fenómenos distintos: por un lado, la formación de una variedad lingüística transitoria, el cocoliche, devenido tempranamente en un lenguaje literario; por otro, la incorporación de muchísimos términos itálicos al habla popular de Buenos Aires, lo que —como dije— dio origen al lunfardo. La mayoría de estos términos fueron incorporándose al habla porteña en las esquinas, en los patios de los conventillos, en los cafés y fundamentalmente en las escuelas, donde los hijos de los inmigrantes se entremezclaron con los criollos e intercambiaron el léxico adquirido por cada uno en el ámbito familiar.

En tiempos del Centenario, en un informe solicitado por el presidente del Consejo Nacional de Educación (José María Ramos Mejía), el inspector Juan P. Ramos aporta la siguiente estadística: de los alumnos que concurrían a escuelas oficiales de Buenos Aires, solo el 21,36 % eran hijos de padre y madre argentinos, en tanto que el porcentaje de niños cuyos ambos progenitores eran italianos se elevaba al 41,91 % (Di Tullio, 2006, p. 557).

En resumidas cuentas, más de dos millones de italianos llegaron a la Argentina antes de 1920. Procedían de diferentes regiones, y consecuentemente hablaban no dialectos —como muchos lingüistas todavía sostienen—, sino lenguas distintas, aun cuando algunas fuesen muy cercanas entre sí. De todas estas lenguas se nutrió, en mayor o menor medida, el lunfardo, tal como lo han mostrado en sus investigaciones Giovanni Meo Zilio, Ettore Rossi, Guido Zannier y en la Argentina Renata Donghi de Halperín, Syria Poletti y particularmente José Gobello.

Siguiendo a este último, podemos clasificar estas influencias en cuatro grupos: a) el toscano o italiano estándar, con sus variantes particulares como el romanesco; b) las lenguas septentrionales, como el genovés, el piamontés, el milanés, el véneto y el

lombardo; c) las lenguas centro-meridionales, tales como el napolitano, el calabrés y el siciliano y d) por último, el *gergo* o *furbesco*, es decir, el italiano jergal.

Varios términos parecen admitir más de una etimología posible. En otras palabras, podría decirse que proceden del italiano estándar tanto como de alguna otra lengua de la península, donde con cambios formales comparten idéntica significación. Así, el origen de *pishar* 'orinar' podría estar en *pisciare* o en el romanesco *pischià*; *estrilar* 'enojarse', en *strillare* o en *strillà*, forma compartida por el genovés y el napolitano, que significan 'chillar'. Por su parte, *crepar* 'morir' puede derivar de *crepare* o del napolitano *crèpà* y *fangote* 'bulto', 'gran cantidad de algo', del toscano *fangotto* o del siciliano *fangòttu*, que significan 'paquete'.

El toscano ha hecho un extraordinario aporte al vocabulario lunfardo. Voy a mencionar solo unos pocos ejemplos. Casi sin variaciones se adoptaron voces como *cosa* 'objeto o individuo innominado', *cuore* 'corazón', *estufar* 'fastidiar', *fato* 'amor clandestino', *festichola* 'fiesta', *parlar* 'hablar', *yetatore* 'persona que atrae la mala suerte' y *zاناتا* 'parlamento fingido por los actores' o 'discurso intencionalmente confuso', que en italiano designa el lenguaje de los payasos o *zanni*. Con modificaciones de forma o de sentido se incorporaron al lunfardo palabras como *chitrulo* 'bobo' (de *citrullo*), *cualunque* 'cualquier' (de *qualunque*) y *esquiafo* 'bofetada' (de *schiaffo*). Del adverbio *apposta* 'apropiadamente', 'expresamente' procede nuestro *posta*, utilizado tanto con valor de adjetivo ('excelente', 'verdadero', 'de buena calidad') como de adverbio ('exactamente').

Algunos términos poseen más de una acepción. *Manyar* (de *mangiare*) significa, como en italiano, 'comer', pero a través de la locución *mangiare la foglia*: 'entender la causa de algo' adquirió las acepciones de 'comprender', 'reconocer' y 'observar'. *Yirar* (de *girare* 'dar vueltas') ha pasado del significado 'callejear' al de 'andar la prostituta en busca de clientes' y, consecuentemente, 'ejercer la prostitución', pero luego se aplicó también a una modalidad propia de los taxistas, que recorren la ciudad en busca de pasajeros. *Falopa*, que procedería de *faloppa* 'bolilla mal hecha con una sustancia suelta', y significa 'droga', se usa en lunfardo también como adjetivo aplicado a algo de mala calidad.

Un caso especial es el de *fiaca* (de *fiacca* 'desgano'), que en Buenos Aires significa 'pereza', 'holganza' y designa también a la persona perezosa (de la que se dice que es *un fiaca*), pero en Montevideo se especializó con la acepción de 'hambre'.

A comienzos de la década de 1980, se dio un nuevo e ingeniosísimo uso para el sustantivo *ñoqui*, que para entonces —además de darle nombre a un tipo de pasta, los *gnocchi*— equivalía a 'puñetazo' en correspondencia con la forma que adopta el puño preparado para golpear. En virtud de que se ha vuelto una tradición en Buenos Aires y su zona de influencia comer ñoquis el día 29 de cada mes y colocar debajo del plato un billete (en la esperanza de que se multiplicará), comenzó a denominarse *ñoqui* al

empleado público que solo concurre a su lugar de trabajo a fin de mes para cobrar, teniéndose en cuenta que en la administración pública argentina, en la era precajeros automáticos, históricamente solían pagarse los sueldos el día 29. Esta acepción de *ño-qui* se generalizó y se aplicó posteriormente a cualquier persona en relación de dependencia que cobra sin trabajar, o bien que trabaja menos de lo que debería.

También hay términos incorporados más recientemente, como *facho* ‘autoritario’ (de *fascista* ‘seguidor del fascismo’) y *fumo* ‘marihuana’ (de *fumo* ‘humo’). Otros, aunque son antiguos, renacieron en los últimos años, como *birra* ‘cerveza’, y algunos se mantienen vigentes después de un proceso de resignificación. Entre ellos se me ocurren como ejemplos *capo*, que del significado de ‘jefe’ (como en el italiano *capo* ‘cabeza’, aplicado a los jefes de la mafia) viró al de ‘persona muy competente en un arte o profesión’ y como adjetivo significa ‘preparado’, ‘inteligente’, ‘hábil’, ‘confiable’ y *toco* (de *tocco* ‘pedazo grande’), que hace un siglo tenía las acepciones de ‘producto de un robo’, ‘cantidad apreciable de dinero’, a las que no hace tanto se sumó la de ‘gran cantidad de algo’, como cuando alguien dice que tiene un *toco* de cosas que hacer.

El romanesco, es decir, el habla popular de Roma, además de haber aportado la propia palabra *lunfardo*, contribuyó también con *trola* con los significados de ‘prostituta’ y ‘lesbiana’ (de *troia* ‘puta’) y *batifondo* ‘barullo’, ‘gresca’, que procede de *battifondo*, un tecnicismo del juego de billar que significa ‘desafío múltiple’, aplicado a las partidas en las que entran tres personas).

De las lenguas del norte de Italia se destaca entre las «prestamistas» la genovesa. No debe pasarse por alto que entre los habitantes del barrio de La Boca, a fines del siglo XIX, el genovés era el medio corriente de comunicación. Es decir que hasta no hace muchas décadas este barrio porteño era una Pequeña Génova y, aunque los inmigrantes venidos de la Italia del sur fueron muy superiores en número, fueron los *zeneixi* o genoveses —con esta presencia tan importante en la ciudad— los que impulsieron un mayor número de términos en el habla cotidiana del porteño.

Además de un buen número de palabras de la gastronomía, como *chupin*, *fainá*, *feta* o *tuco*, los genovesismos son muy numerosos. Entre los verbos puedo mencionar *acamalar* ‘ahorrar’, ‘proteger’ (de *camallà* ‘llevar a cuestras’), *amurar* ‘abandonar’ (de *amurrà* ‘encallar’), *chapar* ‘tomar’, ‘atrapar’, ‘hacerse caricias’ (de *ciappà* ‘asir’), *deschavar* ‘poner en evidencia’, ‘confesar’ (de *descciaivà* ‘abrir’) y *enchastrar* ‘ensuciar’ (de *inciastrà* ‘manchar’). Entre los sustantivos provienen del genovés, entre otros, *bacán* ‘hombre adinerado’ (de *baccan* ‘patrón’), *bagayo* ‘bulto’, ‘persona fea’ (de *bagaggio* ‘equipaje’), *berretín* (de *berettino* ‘birrete’, ‘capricho’), *chanta* ‘persona poco confiable’ (de *ciantapuffi* ‘clavador’, ‘que no paga sus deudas’), *escabio* (de *scabbio* ‘vino’), *napia* ‘nariz’ (de *nàppia* ‘nariz grande’), *piguyo* ‘piojo’ (de *pighèuggio*, de igual significación), *pulastro* ‘varón homosexual’ (de *pollastro* ‘gallito’, ‘mozalbeta’), *salame* ‘persona tonta’ (de *salam-*

me ‘bobo’) y *vento* (de *vento* ‘viento’, ‘dinero’). Varios adjetivos del lunfardo poseen el mismo origen: *charleta* ‘charlatán’ (de *ciarlettoa*), *mishio* ‘pobre’ (de *miscio*), *pelandrùn* ‘vago’, ‘miserable’ y, posteriormente, ‘tonto’ (de *pellandrôn* ‘perezoso’).

Del piamontés provienen *biyuya* ‘dinero’ (de *begieuia* ‘grabado’, seguramente en un cruce con la palabra castellana *billete*), *linyera* ‘vagabundo’ (de *linger* ‘pobre’) y *mersa* ‘conjunto de personas de baja condición’ (de *mersa* ‘palo de la baraja’, en una operación que concibe a una muchedumbre como la reunión de todos los naipes de un mismo palo).

A su vez del véneto derivan *encanar* ‘encarcelar’ (de *incaenar* ‘encadenar’), *mufa* ‘malhumor’, ‘tedio’, ‘mala suerte’ (de la expresión *stâr muffo* ‘estar triste’) y *faso* ‘cigarri- llo’, que derivó por especialización al significado de ‘porro’ y acabó convirtiéndose en sinónimo de ‘marihuana’, y procede de *fassu* ‘fajo’, ‘manejo’, por alusión a la forma en que antiguamente se vendía el tabaco.

Asimismo proceden del milanés *estrolar* ‘dar una paliza’, ‘romper’ (de *strollâ* ‘ro- ciar’, probablemente por alusión al derramamiento de sangre causado por los golpes), *meneguina* ‘dinero’ (de *meneghin* ‘natural de Milán’, por suponerse adinerados a los milaneses) y *minga* ‘nada’, ‘de ninguna manera’ (de *minga* ‘no’).

El lombardo, a su vez, contribuyó con *fratacho* (de *fratazzo* ‘fratás’), que, además de designar el instrumento utilizado por los albañiles, derivó a los significados de ‘ma- noseo’ y ‘masturbación’ y dio origen al vocablo *fratachase* ‘maquillarse excesivamente’.

Entre las lenguas de la Italia meridional varios términos comunes a más de una de ellas se sumaron al lunfardo, como, por ejemplo, *chicato* (de *ciecato* ‘enceguecido’) y *chucho* ‘caballo de carrera’ (de *ciuccio* ‘burro’). El término *punga* ‘bolsillo’, común a más de una lengua italiana del sur, pasó en lunfardo a designar el robo que se hace metién- dolo a alguien la mano precisamente en un bolsillo.

Puntualmente el napolitano contribuyó con *escoñar* ‘herir’ (de *scugnare* ‘romper’), *esquifuso* (de *schifuso* ‘asqueroso’), *panaro* ‘trasero’ (de *panaro*, con la misma significa- ción) y *pastenaca* ‘tonto’ (de *pastènàca* ‘zanahoria’).

Del siciliano proceden *cucuza* ‘cabeza’ (de *cucùzza* ‘calabaza’, ‘cabeza’), *cumparsa* ‘comparsa’ (de *cumpàrsa*, con el mismo significado) y *escashato* ‘arruinado’ (de *scacciàri* ‘romper’).

Otros aportes itálicos son atribuibles al denominado *gergo della mala vita* o *furbes- co*, esto es, un vocabulario del bajo fondo procedente del centro de Italia. De él llegaron al lunfardo varias palabras. Algunas conservaron su acepción jergal. Así, por ejemplo, *apoliyar* (de *poleggiare* ‘dormir’), *batir* (de *battere* ‘decir’), *bobo* (de *bobo* ‘reloj’), *es- crushar* (de *scrus* ‘robar’), *grata* (de *grattà* ‘ladrón’), mina (de *mina* ‘mujer’), *pibe* (de *pivello* ‘niño’), *tira* (de *tira* ‘agente de policía’) y *yusta* (de *giusta* ‘vigilante’), sincopado finalmente en *yuta*. Otros jergalismos sufrieron, en cambio, alguna pequeña modifica-

ción semántica, como *bufoso* ‘revólver’ (de *bufi* ‘disparo’), *bulín* ‘habitación’ (de *boulín* ‘cama’) y *morfar* ‘comer’ (de *morfa* ‘boca’).

Valga esta breve exposición como una homeopática muestra de lo trascendentes que han sido y siguen siendo los italianismos en el habla popular porteña y en las letras del tango argentino.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Conde, O. (2004). *Diccionario etimológico del lunfardo*. Buenos Aires: Taurus.
- Conde, O. (2011). *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*. Buenos Aires: Taurus.
- Di Tullio, Á. (2003). *Políticas lingüísticas e inmigración*. Buenos Aires: Eudeba.
- Di Tullio, Á. (2006). Organizar la lengua, normalizar la escritura. En Jitrik, N. (Comp. serie) & Rubione, A. (Comp. Vol.). *Historia crítica de la literatura argentina. Vol. 5. La crisis de las formas* (pp. 543-580). Buenos Aires: Emecé.